

La sonrisa de Hans ·capítulo 4·

Qué maravilloso lugar era aquel. Su tío, sin embargo, parecía no apreciarlo. En estos y otros pensamientos andaba perdido Hans cuando cayó en la cuenta de que no había utilizado la llave dorada. La puerta del desván se había abierto tan solo empujando y sola se había cerrado a su espalda. Antes de que se preguntase para qué servía entonces, terminó de acercarse a la mesa que flotaba en el centro de la habitación. Era un triángulo equilátero y únicamente el borde dorado que parecía dibujarla resaltaba sobre el cristal negro que la cubría. En el centro de la mesa había un ojo de cerradura. Sin dudarle, Hans cogió su llave y la introdujo, sonó un clic y la giró dentro de aquella puerta imposible.

La iluminación del laboratorio disminuyó hasta casi desaparecer y de la mesa nació un haz de luz, una columna azulada también triangular. Un sonido indescriptible envolvió a Hans y su volumen fue aumentando hasta hacer que nuestro héroe se tapase los oídos. De repente cesó y en aquel profundo silencio alguien comenzó a hablarle. Del mismo centro de la columna emanaba una voz que utilizaba un idioma inidentificable. Era una voz grave, demasiado grave para ser la de su tío y demasiado parecida a la de Joseph Blumenkohl para ser otra. Al principio no entendió nada pero cuando las palabras fueron sucediéndose, en su interior comenzó a despertar la clara conciencia de que él conocía aquel idioma. Tal vez fue una palabra o una expresión pero, como un chispazo, encendió en él toda la sabiduría de aquel lenguaje. Le hubiese bastado con ir hacia el jostick para comprobar cómo un día de verano su tío le enseñaba, jugando, aquel idioma pero no le hizo falta. Puso atención y fue traduciendo.

En la isla del rey Minos hay una playa entre dos rocas gigantes. Siente su arena bajo los pies, siente el agua, entra en su mar y baja a la cueva donde descansa la diosa. Escúchala. Ella te dará un regalo y te dirá cómo encontrarme.

Hans se encontraba ya en aquel lugar como en su propia casa y supo al instante que su tío no le estaba pidiendo que fuese a ningún lejano país para averiguar nada o, por lo menos y de momento, ningún país fuera de aquel laboratorio. La isla a la que se refería estaría, sin duda, en el

globo terráqueo y el viaje sería virtual. Eso estaba claro... dónde enterarse de la isla de la que se trataba era otra historia y por eso miró con esperanza y con cierto agobio a una pared que estaba cubierta de arriba abajo por libros. De un primer vistazo todos le parecieron iguales: altos, gordos, finos, pequeños, dorados, azules, rojos y casi todos viejos. El rey Minos, pensó... abrió y cerró multitud de libros sin saber muy bien que hacía, buscó el nombre en una enciclopedia y tampoco resultó y volvió a pensar que tal vez se tratara de un juego de palabras y comenzó a transformar primero la palabra “Minos” y luego “isla”, “rey” y todas las que iban surgiendo, mezclándolas y dándolas la vuelta pero sin ningún resultado. Abatido se sentó en el suelo sobre una alfombra de libros y el azar quiso que se fijara en uno en el que la palabra Mitología brillaba sobre su lomo. Era una especie de diccionario en el que desfilaban, uno tras otro, personajes extraños, monstruos de mil cabezas, águilas con cabeza de león, gigantes de un solo ojo, héroes y dioses antiguos y allí, en medio de aquel mundo imposible, encontró a Minos, el rey de Creta, la isla griega.

El dedo índice se posó en el globo terráqueo tocando el mar Mediterráneo a unos cuantos kilómetros de Creta y tan pronto como el laboratorio desapareció Hans se vio rodeado de agua. Suspendido en el aire, sus pies se separaban levemente del mar y la perfecta línea recta que formaba el horizonte se veía quebrada de manera nebulosa por el perfil de la isla. Hans la miró y tras rozar la brújula inició un vuelo suave en el que la brisa que parecía colarse por su pelo le hizo sentirse como una gaviota. A medida que fue acercándose a la isla y su velocidad disminuyó, fue consciente del sonido de las olas que le habían acompañado tierra adentro. Era una música acompasada y que tímidamente mecía a quien lo escuchaba. Tal sonido embrujó a Hans y cuando sus pies se posaron en la playa no hizo otra cosa que sentarse en la arena para contemplar el camino recorrido. El sol marcaba su estela en el mar y las olas que venían a morir a sus pies como habían hecho durante miles de años llenaron de nostalgia a Hans.



<http://www.laboratoriosonoro.es>